
La

CONVENCIONALIDAD

en los

MODELOS DE REPRESENTACIÓN

y

MODOS DE VER

(THE CONVENTIONALITY IN THE REPRESENTATION
MODELS AND THE WAYS TO SEE)

Oswaldo Hernández Muro

RESUMEN

La construcción social de la visualidad se apoya en la convencionalidad e ideologías en los modelos de representación discursivos y visuales. En este artículo se presenta una breve argumentación de corte posestructuralista sobre la formación de los códigos y consensos en la conformación de los regímenes de visión, con el objetivo de señalar las articulaciones históricas y políticas en los modelos de representación, que como una perspectiva social, siempre serán considerados como meras convenciones culturales, esto es importante para fomentar el estudio crítico de la conformación de los modos de ver desde los estudios visuales.

Palabras clave: Posestructuralismo, ideología, discurso, imagen, códigos, visualidad.

ABSTRACT

The visual culture as a social construction rests on the conventions and ideologies in the discursive and visual representation models. In this article appears a brief argumentation poststructuralist about the formation of the codes and consensuses for the creation of systems of vision, with the target to indicate the historical and political joints in the models of representation, inside the social perspective considered that to be mere cultural conventions, this is important to practice the study of the formation of the ways of seeing from the visual studies.

Keywords: Poststructuralist, ideology, speech, image, codes, visual.





Cuando se presenta una imagen como una obra de arte, la gente la mira de manera que está condicionada por toda una serie de hipótesis aprendidas acerca del arte. (Berger, 2007, p. 17)

Los Estudios Visuales orientados hacia el significado cultural a partir de la visualidad, comprenden el *Ver* como un ejercicio ideológico, es decir que ya sea basado en la filosofía, la ciencia, la religión o el racionalismo capitalista, cada contexto ideológico ejerce *miradas e imágenes* basadas en la creación y el sostenimiento de ciertas convenciones en las formas de representación.

Según el estudio del arte de Umberto Eco, se demuestra que no se realiza ninguna significación visual, sino después de que una cultura ha hecho pertinentes ciertas características de los sujetos de la representación, por ejemplo en la lectura de la obra figurativa el sentido se comunica mediante un sistema de presencia-ausencia en que los objetos se vuelven reconocibles, además “la sociedad debe establecer siempre, dentro de un número de posibilidades gráficas expresivas, cuáles de éstas pueden ser utilizadas”.^[1] Ningún artista por tanto puede *pintar* lo que ve prescindiendo de tales convenciones que constituyen la cultura visual.

Para tener un *ver* sobre la percepción y el sentido de una imagen o discurso o para establecer la circulación de una convención cultural dentro de un código previamente establecido, los individuos deben acumular conjuntamente ex-

periencias y significados, incluso por varias generaciones, y deben confrontar estos entre sí para obtener un código o normatividad en consenso, es decir, *acordar un código suficientemente estable*, aceptado por la mayoría de los miembros de una sociedad y que integre a sus actos, para poder representar así sus ideas, valores y costumbres en *común* –esto es un hecho fuera de los esencialismos visuales y logocéntricos–, lo que se entendería por tanto como una *construcción social* de lo visual y de lo discursivo.

Cabe señalar que la aparente unidad de lo común lograda en estos códigos está fracturada entre usos propiamente compartidos y otros usos exclusivos y excluyentes; los códigos son conducidos por las instituciones o *poderes*, que desempeñan el sostenimiento de los patrones de conducta y de los modelos de representación, por tanto sin anular los intereses políticos de las instituciones, los códigos son en sí *arbitrarios*, inmersos en contextos históricos y físicos irrepetibles, impuros, y por ello todas las convenciones culturales y modelos de representación no son en tal sentido permanentes.

La historiografía confirma que las diferentes interpretaciones existen porque la historia es básicamente un discurso en litigio, un *campo ideológico* de batalla en el que las personas, las clases sociales y los grupos en el poder, elaboran autobiográficamente sus interpretaciones del pasado y el presente.^[2] De modo que cualquier “*consenso*” sólo podría ser alcanzado cuando las voces dominantes lograsen silenciar al resto de las voces, al final la historia es teoría, la teoría es ideología, y la ideología es pura y simplemente intereses materiales. (Malerba, 2007, p. 69)

Roland Barthes critica la convencionalidad de todos los códigos de interpretación y/o de significación, pero cree en la libertad para usarlos, cambiarlos o hacer caso omiso de ellos (referido por Selden, 1987, p. 192.); de hecho este ataque contra un proceso de lectura pre-establecido y en contra de los significados consensuados para todas las relaciones simbólicas, para la teoría posestructuralista está implícito en los mismos procesos de significación y en la *propia estructura textual*, porque todos los discursos e imágenes, incluyendo las interpretaciones filosóficas y científicas, son igualmente arbitrarias o *ficticias* y de ningún modo pueden ocupar el lugar de la verdad (*idem.*). *Los códigos al ser arbitrarios y previamente establecidos resultan ficticios.*

Al cambiar el contexto y necesitar una conciencia distinta, desde la capacidad argumentativa para generar nuevos sentidos, generamos *desplazamientos* en los modelos de percepción y significación, es decir se van modificando poco a poco los códigos culturales en sintonía con las nuevas necesidades y estructuras de control hegemónico. Si se puede tener una certeza respecto los procesos de significación, es en la eventualidad del conflicto, la *eventualidad* en la crítica y la revisión de nuestras conductas y sus significados.

En la convencionalidad de todas las ideas lo que no se puede olvidar es que “*los artificios de la representación* han dado paso a la *materialidad* misma de las cosas, el reflejo ha pasado a ser una disposición concreta en nuestro ámbito real” (Ramírez, 2003, p. 289).

Si bien los modelos de representación simbólicos se basan en interpretaciones eventuales para un determinado contexto, supuestamente existe una organización inherente en el establecimiento de su sentido, lo que permite la sustitución de un componente del código por otro distinto, incluso para la legitimación de un proyecto marginal; son constructos simbólicos desde el desarrollo de conceptos que operan como ejes organizativos de las experiencias humanas a través del lenguaje y de los regímenes de visión, por ejemplo estos deseos de un control central o superior pueden nombrarse: progreso, naturaleza, información, libertad, verdad, conocimiento, etc. y se introducen desde el lenguaje como un concepto superior –Jaques Derrida llamó a este deseo o ideal expresado en nuestros modelos de representación de la realidad *Logocentrismo*–.^[3]

Si se piensa en lo anterior, el *Ocular-centrismo* como abstracción organizativa equivalente al logo-centrismo para la visión, entrega un modelo de representación desde la supuesta observación empírica, basado en los postulados de la *perspectiva* renacentista mediante un empleo sistemático que enmarca un objeto o escena y dispone del campo de visión, situando al sujeto como punto geométrico en el origen de la mirada; *debido a que el sujeto desea ser el ojo central del acto de visión en una relación imaginaria con el espacio real*. El *Ocular-centrismo* ha condicionado la experiencia perceptual y la memoria del sujeto, creando sistemas de orden y clasificación que ahora se encuentran instalados en el inconsciente del individuo.^[4]

“La historiografía confirma que las diferentes interpretaciones existen porque la historia es básicamente un discurso en litigio, un campo ideológico de batalla en el que las personas, las clases sociales y los grupos en el poder, elaboran autobiográficamente sus interpretaciones del pasado y el presente”

[1] Consultar: Calabrese, 1985, pp. 155-156.

[2] Por ejemplo, Incluso la historia del arte más abierta y autocrítica, está indeleblemente marcada por los vestigios de sus orígenes eurocéntricos, como ha sostenido James Elkins (2002) la misma idea de una historia del arte, es decir, de un desarrollo secuencial, sus ideas sobre la evolución, progresos y rupturas en el arte, podrían ser perfectamente conceptos específicamente occidentales, que no tienen porque encontrarse en cualquier otro lugar. Estos hechos deberían figurar como un problema interpretativo para cualquier investigador que pretendiese teorizar sobre los modelos de representación y los actos de visión, debido a que a través de la educación y la reproducción cultural se ha instalado la visión occidental en los códigos condicionados para interpretar toda experiencia en base a ciertas ideas circulares y tradiciones.

[3] Referencia en: Selden, 1987, p. 208. No es que Derrida considere el logocentrismo como una resolución final, sino más bien como un problema, como la unificación simbólica deseada pero imposible, la modalidad de pensamiento superior que no se puede combatir con su sentido contrario y ante tal abuso de toda comprensión de la realidad injusta, inmoral y falsa, opta por ser un apostata, negando el centro.

[4] Para profundizar, Jonathan Crary sostiene que la visión se construye históricamente, de tal manera que cada época tiene un modo de ver o un paradigma de visión particular y característico que lo diferencia de épocas pasadas y futuras, pero aunque la modernidad, según él, estaría compuesta por una pluralidad de regímenes de visión en continua disputa, todos ellos estuvieron dominados o bajo la hegemonía del perspectivismo cartesiano, lo que favorece la noción de un ojo/ego centralizado (Referencia: Hernández Navarro, 2007, p. 62.)

Para un régimen de visión Ocular-centrista, dirigir la mirada al mundo exterior significaba la separación entre el sujeto y el mundo objetivo, entre la realidad exterior y la consciencia interna, obteniendo la verdad absoluta de cada objeto sin contaminarse con el deseo del sujeto perceptor –como lo promueve el modelo cartesiano en la filosofía y la ciencia–, pero “el hecho de [que] las cuestiones de la significación [visual] no pueden separarse de las cuestiones de la subjetividad, de los procesos por los que los sujetos que miran no sólo construyen sentidos, sino que también resultan absorbidos en y formados por dichos sentidos, ha pasado a ser un axioma.” (Linker, 2001. p. 396)

Poco después de poder ver somos conscientes de que también nosotros podemos ser vistos. “El ojo del otro se combina con nuestro ojo para dar plena credibilidad al hecho de que formamos parte del mundo visible.” (Berger, 2007, p. 15) Cabe señalar, entonces, que en las formas de representación y de recepción se da una *autoconciencia* o *retroalimentación* de la *mirada*, como sistema relacional y no unidireccional; porque en toda intervención cultural devolver la mirada o participar del acto de visión, es realmente hablar de una *autoconciencia* y *representación del sujeto*, es decir, que el verdadero acto de visión es intersubjetivo,

desplaza al supuesto sujeto central favoreciendo las relaciones sociales y las fusiones externo-internas de los individuos implicados en la visión. [5]

Los *modos* de ver descentralizados que organizan hoy día los individuos dependen también de modelos para el sostenimiento de ideas, valores, costumbres y convenciones normativas, que dan lugar a las formas y contenidos de las producciones simbólicas desde la visualidad. La visualidad, a propio decir, es el estado de significación de lo dado a ver, es el sentido presente en lo mirado y que nace de una interrelación entre las imágenes o cosas visibles, la circulación de las mismas en un ambiente socializado, y los procesos internos del pensamiento.

Se puede concluir que la interpretación de la visualidad y la reacción en torno a ella conforman los regímenes de visión o escópicos o los modos de ver, siendo el resultado del sostenimiento de ideas y convenciones en

RAMÍREZ, 2003

las formas de representación simbólicas construidas a través de códigos arbitrarios, los cuales deben ser revisados continuamente para intervenir críticamente respecto a sus efectos productivos y performativos a través de los actos de visión.

“Los artificios de la representación han dado paso a la materialidad misma de las cosas, el reflejo ha pasado a ser una disposición concreta en nuestro ámbito real”

BIBLIOGRAFÍA

- Berger, J. (2007)** Modos de ver. (2ª ed.). Barcelona. Gustavo Gili.
Calabrese, O. (1985) El lenguaje del arte. (Capítulo 2.5.5 Umberto Eco y la estética semiótica. pp. 118-125.) Barcelona, Paidós.
Elkins, J. (2002) El final de la teoría de la mirada. (Debats, N° 79. Pp. 76-89.) Valencia. Institució Alfons el Magnànim.
Hernández Navarro, M. (2007) El archivo escotómico de la modernidad. Pequeños pasos para una cartografía de la visión. España. Ayuntamiento de Alcobendas.
Linker, K. (2001) Representación y sexualidad. (Wallis, B. / Arte después de la modernidad. Nuevos planteamientos en torno a la representación. Pp. 395-419.) Madrid. Akal.
Malerba, J. (2007) la historia y los discursos: una contribución al debate sobre el realismo histórico. (Contrahistorias. La otra mirada de Clío. N° 9. Pp. 63-80.) Michoacán, México. Editorial Jitanjáfora.
Ramírez, J. (2003) Corpus Soluz. Para un mapa del cuerpo en el arte contemporáneo. Madrid. Siruela.
Selden, R. (1987) La teoría literaria contemporánea. Barcelona. Ariel.
Silverman, K. (2009) El umbral del mundo visible. Madrid. Akal.



OSVALDO HERNÁNDEZ MURO

Productor e investigador en artes visuales. Es Licenciado en Artes por el Instituto de Bellas Artes de la UACH. Desde el año 2003 ha participado en exposiciones colectivas e individuales enfocadas al grabado, pintura, dibujo, instalación y arte-objeto. Durante los años 2007-2009 participó en los coloquios del Centro de Investigación y Posgrado de la Facultad de Artes Visuales de la UANL, del cual es egresado dentro de su programa de Maestría en Artes. (Monterrey, NL. 1983.)

[5] Jacques Lacan ha desarrollado teóricamente la autonomía del régimen de lo visual sobre las bases de la fenomenología de la visión de Merleau-Ponty. Lacan ha descentralizado la visión cartesiana u ocularcéntrica del sujeto, él ha establecido las correspondencias entre la mirada, los deseos o pulsiones relacionados al imaginario, los significados surgidos por convenciones visuales preexistentes, los paradigmas de la visión y sus contextos, para advertir que el orden imaginario moldea y condiciona esencialmente la subjetividad, también desarrolla la idea de que un campo de visión o haz de luz -consciencia de lo externo- rodea siempre a los sujetos. Consulte: (Silverman. 2007).

